

Ved al sacerdote, vedle tal como vive en medio de nosotros. Algunas veces, tal vez la naturaleza inferior, es decir, el hombre grosero, esta envoltura de lodo que le sirve de vestido, puede faltar en su carrera é impelerle á hacer actos contrarios al espíritu de su vocacion: convenimos en esto; pero por fortuna estos casos son raros y no tenemos embarazo en confesarlos para nuestra enmienda; más entónces preciso es que se haga el discernimiento del hombre y del sacerdote. San Pablo, aquel sacerdote tan adecuado de los primeros tiempos de la Iglesia, sentia dentro de sí mismo dos leyes que se combatian: la una que le invitaba al mal, que no queria, y la otra que lo separaba del bien que queria. Tales excepciones, por lo regular no tienen lugar, sino para gloria de los unos é instruccion de los otros. El sacerdocio católico nada pierde de su fuerza en tales casos, si no es á los ojos de los que no contemplan su conjunto, su magnificencia, y cuya vista está muy débil para soportar todo brillo. ¿El sol acaso, es ménos grande y ménos saludable, porque algunas ligeras nubes vengan á ocultar sus rayos?

Dígase lo que se quiera, el sacerdote será siempre el mejor maestro del mundo. Desengañémonos: para instruir al hombre, para hacerlo

verdaderamente moral y dirigir hácia un fin honesto las disposiciones de su corazón, es necesario más que el génio; las mismas pasiones generosas no serian bastantes: es necesaria la mision. «Hubo un hombre enviado de Dios, dice San Juan, que vino para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era la luz; pero debia dar testimonio de la luz.» Dios es quien consagra los maestros que envia; El quien les inspira con su soplo y les anima con su espíritu. Que se me explique, si se puede, esta inmensa diferencia que se hace notar por do quiera entre la enseñanza del hombre del mundo y la del sacerdote católico. No ignoro qué nobles esfuerzos se han tentado en todos tiempos para conseguir lo que se desea; pero despues de muchos ensayos, se ha venido á lo mismo; porque espantados, y justamente, de la corrupcion de las masas, queriendo detener en su principio esta degradacion siempre creciente, muchos hombres de talento han apelado á lo sublime, á las pasiones generosas pero sin éxito. Su voz ha sido oída es verdad; muchos han corrido á ese llamamiento general, una cruzada poderosa se ha formado bajo su bandera contra el desborde de las costumbres. Todo se ha puesto en juego, hombres, libros, dinero, coronas;

todo se ha dado con profusion, así en las grandes como en las pequeñas poblaciones . . . más lo diré de una vez? Este lujo de medios nada ha producido de consolador. Las halagüeñas esperanzas que se habían concebido se han desvanecido, no dejando en pos de sí más que la desoladora perspectiva de un mal en creciente é incurable. (1)—Se quiere conocer la fuente,

(1) Los cuadros de estadística suministrados por el gobierno, prueban que el estado de la moral, que determina el número de acusados, ha variado poco en Francia desde hace quince años, aunque la instrucción durante este período haya progresado, y lo que sobre todo aflige, es que el resultado de estos mismos cuadros demuestra que la clase que ha recibido una instrucción superior, ha presentado tres veces más acusados, respecto de la población ignorante. No queremos concluir de aquí que la ilustración sea inútil y peligrosa, no; ni rechazar tampoco lo que un célebre ministro inglés, Canning, decía: *La Francia instruida será la nación más grande del mundo*. Lo que se ha querido olvidar y lo que produce la causa del mal, es, como lo ha dicho uno de los más ilustres publicistas, M. Royer Collard—en su dis

la razón precisa de tan amarga y desesperante decepción? No la busqueis en ninguna otra parte más que en la ausencia del sacerdote. Se ha querido enseñar y entre todos los que se han propuesto ese objeto, solo ha faltado el que tiene la misión de enseñar, resultando de aquí que todos los esfuerzos han sido inútiles; porque la juventud que ha afluido para instruirse, tuvo libros, es verdad; pero se le ha cerrado el grande, el solo libro de la Ley y los Profetas. Se han formado en nuestras escuelas bellos cuadros de números; mas la primera de las unidades, la esencial, sin la que no hay número posible, Dios y su cruz, faltaban en ellas. Para dar un barniz de religión á tales instituciones filantrópicas ¿qué se ha hecho? Se han formado sobre el pa-

curso pronunciado en 1817—que sin la educación, la instrucción es un instrumento de ruina.

Sí, la instrucción, desprovista como está hoy, de toda sanción religiosa de toda educación moral; la instrucción que se da actualmente, reducida á leer, escribir, etc., es la que produce más crímenes, y es un azote detestable. [Montalembert. *Cámara de Paris*, 4 de Marzo de 1840.]

pel, en el aire, grandes trazos, se inventaron sublimes teorías; pero en el fondo, todo no fué más que juego, profusion de palabras, y nada más. Ahí están los hechos.

¿Quiénes se habian encargado de la enseñanza? Hombres sabios, si quereis, entregados con asiduidad á su ministerio; pero desprovistos del carácter sagrado, de la investidura divina, de aquella autoridad imponente que hace que la palabra sea á la vez la luz que esclarece, el freno que reprime y el apoyo que fortifica. Mientras que la palabra del filósofo es estéril en virtudes, la del sacerdote es espíritu de vida, como Dios de quien es la fuente.

¿Se dirá que queremos el monopolio de la enseñanza para el sacerdote? Nó, no es este nuestro pensamiento, ni nuestro deseo. En materia de enseñanza, confesamos el monopolio es la peor de las tiranías. ¿Cómo se concibe que un país como el nuestro, donde la libertad es de derecho público, se tenga el atrevimiento de decirse á un hombre: Eres libre, pero tu hijo será educado por un cuerpo privilegiado, ó bien será declarado incapaz?—¿Sabeis lo que queremos? Que nos cierre la puerta como á los intrusos, ó á los parias; lo que queremos es que se nos permita ejercer libremente nuestra mision

de enseñar. ¡Cómo! Al salir del santo templo donde el sacerdote acaba de recibir la unción santa y el poder de instruir á toda criatura, es posible que se encuentre hombre que le cierren la boca en nombre de la ley? ¡Esto es intolerable! Lo que queremos, pues, es que se recuerde ó que se sepa, si no se ha sabido jamás, que la nación francesa, tan bella, tan ardiente y rodeada de tantas glorias, todo lo debe el sacerdote, á quien se esfuerza en aniquilar, en reducir, como un genio meléfico y peligroso. Lo que quisiéramos, en fin, es que no se olvide, que las conquistas y el progreso de las naciones conquistadas, es debido al genio del sacerdote, quien ha dulcificado la dura condicion del esclavo; que él, con el poder que le inspira su divina mision, no solo ha ganado á los conquistados, sino que los ha conducido á la verdadera civilización y al verdadero progreso.

Nada contribuye tanto á inspirar el amor de la moral y de la religion, como la palabra y el ejemplo: ¿y quién posee mejor estas dos cualidades que el sacerdote, cuyos labios y cuyo corazón, son los depositarios de la ley y de la moral, porque Dios le ha impuesto un precepto riguroso de enseñar la una y la otra? ¿Qué diríamos todavía, si, siguiendo al genio del sacerdo-

te en su marcha progresiva al traves de los siglos, nos detuviéramos con él, la luz al través de las tinieblas, la ciencia al través de las sombras de la ignorancia, y la caridad al través del egoismo? Pero como todos estos cuadros los vamos á presentar á los ojos del lector en la obra que le ofrecemos, nos limitamos, por ahora, á lo poco que se ha dicho.

En estas simples observaciones se ve el fin que nos hemos propuesto. No es una utopia la que presentamos al mundo de un sacerdote imaginario, como el orador de Ciceron, sino el sacerdote tal como es, como vive entre nosotros, y como ha vivido siempre en la sociedad, porque este libro lo hemos escrito para todos, hemos procurado ponerlo tambien al alcance de todos. Se trata de un negocio importante y de una cuestion social, porque sin sacerdotes no hay religion, sin religion no hay sociedad, sino desórden, anarquía y caos.

Dirémos, pues, al filósofo. No quereis sacerdotes; y por ésto quereis aplastarlos bajo vuestras plantas y enemistarlos, con vuestros escritos. Ved el por qué de vuestra rabia tan fecunda, y vuestra cólera tan estéril. Y sin embargo, atended á este pobre sacerdote, á esta débil planta que oscura vejeta, que circula sin aparato, con

quien os dais de codo en las calles, á quien insultais y contra quien blasfemais; tened pues entendido que él no perecerá, él sobrevivirá á vuestro desprecio, á vuestros anatemas, á vuestro aborrecimiento, á vosotros mismos; caereis, perecereis, no quedará de vosotros el más ligero vestigio, y él continuará viviendo. (1) Mil ochocientos años hace que una voz más fuerte que la vuestra lo ha enviado en medio del mundo, sin alforja, sin callado; y con todo, ha cumplido la mision que se le confiara, sin que él, ni vos puedan cambiarla. A no dudarlo, de él es de quien vos y la sociedad reciben la vida. Y si nó, decidme: si este sacerdote debiera morir ó hubiera muerto al llenar su mision y bajo los golpes del filosofismo, ¿no es verdad, que ya fuera tiempo de que su ataud estuviera cerrado, y que sus cenizas las hubiera arrebatado el viento?

A los indiferentes les diremos: Ved á este hombre, al sacerdote: examinadle bien; no os contenteis con atender solo á sus excepciones, ni le juzgueis al traves de vuestras preocupa-

[] Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cetros Libani, et transivit, et ecce non erat: et quae sevitum, et non est inventus locus ejus. Psal. 36.

ciones. No digais: no le conozco y poco me importa conocerle. Es cierto que no le conoceis al expresaros así, y con todo, mucho os importa conocerle, supuesto que vuestros hijos desean ver, saludar y ser acariciados por él, y en caso de que este hombre sea dañoso y perjudicial: nada más conveniente que conocerle para separar aquellos seres de él, y si realmente es útil, necesario á la sociedad de quien es miembro, vuestra indiferencia no solo seria una falta sino un crimen.

En fin, á los amigos del sacerdote les diremos: vosotros cuyos gustos piadosos y felices costumbres se identifican con las del sacerdote: cuidado! No olvidéis á quien habláis; no es á un hombre como vosotros, sino al embajador de Dios; respetad siempre, considerad y honrad al sacerdote.

La empresa que he acometido es grande, difícil. ¿Se me aplaudirá por haber emprendido escribir la historia del sacerdote católico, desde el Cenáculo hasta nuestros dias? No lo sé ni me atrevo á asegurarlo, porque los acontecimiento distan mucho de nosotros, y el objeto no es nuevo; la historia sacerdotal ha sido escrita con celo y talento. Sin embargo, sea cual fuere el resultado, tendré al ménos el consuelo

de haber trabajado por mi parte por la gloria de este monumento imperecedero de mi religion y si en medio de tantos escritores, con que se honra el sacerdocio, yo sucumbo bajo el peso de mi empresa, y mi nombre continúa oscuro, al ménos encontraré un consuelo en la gloria de los que me aventajaron. Trabajo inmenso es por cierto, abrazar un período de mil ochocientos años, y seguir el progreso y beneficios de una institucion, que siendo en sus principios tan débil, se ha elevado á la grandeza actual, y cuyos rayos son refulgentes.

La antigüedad tuvo el privilegio de hacer intervenir las divinidades en el nacimiento de las ciudades, ó de los hombres ilustres para imprimirles un carácter más augusto, y si alguna institucion tiene el derecho de la santificacion, por su origen, es el sacerdote católico que mucha gloria se ha adquirido por el bien que ha hecho al mundo entero, para que los hombres se resignen á darle á Jesucristo por autor. Pero ya sea que se admita ó se rechace esta verdad, lo que no es el punto esencial de nuestras discusiones, yo quisiera que se observara al sacerdote católico descendiendo del Calvario con una cruz de madera en la mano; que se conociera

cómo á su voz, todo un muudo idólatra y envilecido por la corrupcion, ha cambiado de creencia y de costumbres; cómo despues de haber sido el más ignorante, el más pequeño y el último de todos, él se haya convertido en el más sábio, más grande y el primero del mundo; cómo en fin, este pobre sacerdote tan mezquino, tan despreciable y tan perseguido desde que apareció, haya vencido á sus verdugos y al universo. Por otra parte, ó mucho me ciego sobre mi empresa, ó jamás institucion alguna ha sido más grande, más santa, más rica en virtudes. ¡Qué série de sacerdotes todos célebres por su eminente piedad, ofrece la Silla Apostólica durante los nueve primeros siglos. Un gran número de ellos han sido mártires de la fé, y en este espacio de novecientos años, no hay sino tres ó cuatro que no se veneren por su santidad; en el curso sublime de los tres últimos siglos. ninguno hubo en quien faltaran las costumbres irreprochables. Que se encuentra sobre la tierra un trono ocupado por diez y ocho siglos por una sucesion de príncipes que sea en general tan imponente, tan esclarecida, tan venerable como la de los Pontífices Romanos!

Algunos quizá temerán encontrar en esta obra á causa de su naturaleza, algunas discusiones po-

líticas, desengañaré á los unos y aseguraré á los otros. Sacerdote de Jesucristo, no conozco otra política que la de salvar las almas, de hacer amable y querida por doquiera mi religion, por sus amigos y sus enemigos, desganarlos á todo para Jesucristo, de orar por todos; el clero tiene ó no puede tener otra política evangélica, porque es la que solo le conviene. Para los hombres son los intereses del mundo. Para los sacerdotes, los de Dios: este el mio.

Si se quiere saber cómo llegue este libro al público, ¡ah, Dios mio! ¿lo recibiran como otros tantos? ¿Hay quien se admire ahora del aparicion de un libro? El uno escribe no más por escribir, el otro no más por obedecer á su gusto: quizá en mí sea lo uno y lo otro. No obstante, ¿quereis que os exprese mi pensamiento? Ved el motivo porque escribo; en el silencio de mi soledad he querido estudiar las funciones, el sacerdocio de que estoy investido; desde luego he trazado unas líneas. A poco la materia me ha parecido tan fecunda y el asunto tan halagüeño, que lo he creido infinitamente rico. Entónces, lo diré, me he encontrado orgulloso, yo el último y el más indigno del clero, por ser miembro de una institucion tan respetable como jamás

huvo existido. No he querido guardar para mí solo los títulos de mi nobleza, y he deseado hacerlos conocer, ó recordarlos á todos, á fin de que todos tomen parte en mi alegría y en mi gloria: el público juzgará si he obrado bien.

CAPITULO II.

EL MUNDO ANTES DEL SACERDOCIO CATÓLICO.

Si con la antorcha de la historia en una mano nos remontamos al origen de los tiempos, y partiendo del Calvario penetramos en la antigüedad, no podremos ménos que intristecernos y compadecernos de la vida humana. ¡Qué ignorancia tan profunda en todo lo que es vida y amor, que costumbres tan groseras, que insólitas alegrías, qué feroces preocupaciones circulan en la sociedad, y como otros cánceres mortíferos la minan insensiblemente! En medio de tan-